

¿SON GRAVITANTES LOS SUBMARINOS?

Hugo F. Fontena Faúndez
Teniente 1º

Esta es una interrogante que encontrará varias respuestas, todas ellas avaladas con razones y puntos de vista muy respetables y sólidos, pero que pueden diferir diametralmente en su conclusión final. Tratemos, con objetividad —si ello es posible— de encontrar una respuesta.

La última campaña naval en que se enfrentaron unidades navales de primera línea fue la guerra de las Falkland. El 2 de mayo de 1982, el submarino británico *Conqueror* detectó al crucero argentino *General Belgrano*, acompañado de dos destructores como escoltas, armados éstos con misiles Exocet, los que constituían una amenaza cierta para los buques de la fuerza de tarea inglesa. El crucero *General Belgrano* fue atacado y hundido con torpedos.

La consecuencia primera e inmediata fue la pérdida del crucero, junto con centenares de vidas; la consecuencia secundaria y de carácter permanente fue la presión psicológica para el país, la sensación de vulnerabilidad para las unidades de superficie al conocer la presencia de submarinos en el área y esperar un ataque impune en cualquier momento, y, finalmente, lo más importante, el repliegue total de los buques capitales. Con esto, la participación de la Armada argentina se redujo totalmente y no tuvo un papel activo en el resto de la campaña. El único material naval que continuó operando por el lado argentino, pese a la amenaza existente, fueron los submarinos, los cuales continuaron representando una amenaza seria para los ingleses, según propia versión en documentos oficiales.

El submarino *Conqueror* es un submarino nuclear, al igual que otros cuatro buques que participaron en la campaña, pero también lo hizo el *Onyx*, de la clase Oberon, que es similar a los *O'Brien* y *Hyatt* nuestros. Un submarino nuclear tiene ventajas obvias; en primer lugar, su velocidad y capacidad energética prácticamente inagotable lo hace totalmente invisible. Los submarinos convencionales, pese a que no poseen estas características, cada vez mejoran más sus performances, con objeto de disminuir la tasa de indiscreción (aumentan su capacidad de baterías, disminuyen el tiempo de carga de éstas, etc.), además de que los sabemos más pequeños y silenciosos en comparación a sus "hermanos mayores", lo cual es una ventaja cierta.

El hecho es que ni el *Onyx* ni los submarinos argentinos fueron destruidos, y esto pese a que tanto el primero como los segundos desarrollaron acciones activas durante la campaña. El *Onyx* desembarcó comandos y grupos especiales en territorio de las islas ocupadas por los argentinos, y estos últimos efectuaron ataques contra buques de la fuerza expedicionaria.

Finalmente, y es lo que estimamos necesario destacar, el enfrentamiento naval propiamente tal quedó circunscrito a los submarinos, únicas unidades con las cuales los argentinos podían enfrentar a los ingleses en el campo naval, quienes controlaban el área — con sus submarinos— con posibilidades ciertas de algún éxito. O Ud. cree, estimado lector, que si los submarinos argentinos hubieran alcanzado al *Hermes*, al *Invincible* o a algún transporte, el *Queen Elizabeth*, por ejemplo, ¿no habría cambiado el panorama y la situación

de los contendores, tanto en la parte naval como en la política? Sin embargo, seamos realistas, pues sabemos que esto no ocurrió.

¿Producto de la mala operación de sus unidades por los argentinos?, ¿del buen desempeño de los buques ingleses?, ¿del factor suerte? Pudo haber sido cualquiera de los motivos anteriores o, tal vez, todos ellos. Por ahora es imposible saberlo.

Al parecer, existen evidencias de que los argentinos lanzaron torpedos contra los ingleses, pero habrían tenido problemas con ellos. ¿Producto de una mala mantención o fallas de material? Difícil saberlo; lo cierto es que los ingleses detectaron esos lanzamientos y persiguieron al agresor durante días, usando —por supuesto— todos sus medios, sin lograr resultados positivos.

Demos ahora una rápida mirada al arma tradicional de los submarinos: el torpedo; tradicional, porque, obviamente, no nos referimos a los misiles balísticos ni tampoco a los misiles convencionales lanzados en inmersión, los cuales —si bien existen— aún no están en servicio en las Armadas de la región, no obstante que, a nuestro juicio, tienen características que, en todo caso, los hacen menos efectivos que un torpedo.

El crucero *General Belgrano* fue hundido por un torpedo de la década del cuarenta, con tácticas acordes al arma, y esto pese a estar acompañado y custodiado por destructores antisubmarinos de construcción más reciente, pero con equipo moderno, unidades que —debemos suponer— lo estaban protegiendo. Acercarse a un buque a unos 1.800 metros y lanzar un abanico de torpedos es una táctica en desuso, si consideramos las mejoras introducidas en los torpedos acústicos filoguiados. En todo caso, lo anterior es digno de mencionarse, por cuanto —pese a los alcances de sonar actuales en los buques antisubmarinos— el resultado fue la no detección del submarino y el hundimiento del buque capital.

Bueno, y ¿cuál es la defensa contra esto? La reacción argentina fue mantener sus buques en aguas seguras, lo que significó el retiro de la Armada del área de operaciones y entregar la iniciativa al enemigo. Otra reacción más inmediata es aclarar el área a máxima velocidad, y en todos los casos conviene evadir un área en la cual se tenga evidencia de que opera un submarino.

Es una realidad que los sensores acústicos han experimentado un avance impresionante, adelanto que —lógicamente— también ha sido incorporado a los submarinos, los que —por diseño— constituyen una mejor plataforma que los buques, por lo que siempre aprovecharán mejor estos avances; esto, unido a que no es necesario que emitan para ubicar al enemigo, redundando entonces en que en el problema de la detección es siempre el submarino quien tiene la iniciativa.

Ahora bien, con los aumentos en los alcances de sonar, tratar de cruzar una cortina de buques antisubmarinos es sumamente difícil y casi suicida. Afortunadamente, estas mejoras de que hablábamos refiriéndonos a los sensores también alcanzó, obviamente, a los torpedos. Así, tenemos que hoy en día ya no es necesario intentar siquiera cruzar una cortina, pues basta lanzar desde afuera; incluso sin tener una solución total del problema de control de fuego, éste se resuelve en el intertanto; es más, si no hay solución no importa, basta con que el submarino maniobre para mantener un flujo constante de información de las demarcaciones y ojalá una buena distancia al contacto. Una vez que el torpedo detecta el blanco no hay maniobra que sirva; tarde o temprano éste impactará en el blanco escogido. Es conveniente, además, hacer notar que un submarino puede lanzar y controlar más de un torpedo en forma simultánea.

Al parecer, el área de la defensa contra torpedos es un área que no presenta mayores innovaciones. Varias son las razones que concurren para esto.

Es difícil aceptar, y por eso no se menciona siquiera, que plataformas que cuestan cientos de millones de dólares en material y entrenamiento pueden ser vulnerables a armas de 30 años de antigüedad.

La secuencia táctica tradicional: detectar, identificar y destruir es muy difícil en la guerra antisubmarina, por las razones expuestas en párrafos anteriores y, además, por las variables impuestas por el medio, llámense éstas capas térmicas, ruido propio, ruido biológico, estado del mar, etc. Una acción probable ante una eventual detección sería evadir el contacto. Por lo demás, los sonares, por su costo, están limitados a los buques antisubmarinos, y éstos normalmente no constituyen los blancos prioritarios de los submarinos.

Es usual en los juegos de guerra, y después de serios estudios, construir tablas de daños y capacidades de resistir el impacto de misiles o granadas en los buques (misiles con una carga explosiva de 250 a 300 kilogramos, aproximadamente), pero es muy raro encontrar en una de estas tablas los daños producidos por una explosión bajo la línea de agua provocada por 500 kilogramos de explosivo (los torpedos modernos explotan bajo la quilla de los buques, con objeto de quebrarlos)..

Pasemos a otro tópico y revisemos nuestra situación. Geográficamente, estamos ubicados al sur del cono sudamericano; por muchas razones, nuestros vecinos desearían incorporar a su patrimonio territorios que son nuestros (revanchismo, expansionismo), y para nadie es un misterio que siempre que hay problemas de orden interno en esos países se inician las presiones, problemas fronterizos, violaciones territoriales, etc., pudiendo éstos derivar en cuasi enfrentamientos, como ocurrió en 1978 con Argentina, situación esta última que no se aclarará mientras el nuevo gobierno no acepte los términos de la Mediación Papal.

Si observamos la composición de las fuerzas navales de nuestros vecinos, apreciaremos que es notable la cantidad y calidad de sus submarinos, tanto para el caso de Perú como para el de Argentina. Perú es un caso especial, por cuanto siempre ha dedicado considerables recursos al arma submarina, desde su gestación (Perú fue la primera Armada latinoamericana que contó con estos buques) hasta nuestros días, en que cuenta con submarinos tipo 209 recién entregados, que incrementan decisivamente su poderío naval. Argentina, que está embarcada en un plan de renovación de material, cuenta desde hace años con el tipo 209 y tiene en construcción en Alemania los del tipo 1700 de la Thiessen; además, está construyendo torpedos con licencia AEG, amén de una cantidad impresionante de fragatas y corbetas.

Estos buques poseen una tecnología y una capacidad tales, que enfrentados a las fuerzas de superficie existentes en la región dejan a éstas en una condición de vulnerabilidad tremenda. O se opera asumiendo el riesgo de ser detectados por un submarino o se restringen las operaciones a aguas someras o negadas para el uso de los submarinos, como lo hizo Argentina en la guerra de las Falkland. En ambas situaciones el resultado es parecido; como sea que se analice, no hay proporción entre las fuerzas —buques contra submarinos, y eso es una realidad— ni material ni humanamente. Cualquier fragata sobrepasa lejos la dotación de uno o dos submarinos (35 hombres cada uno), y en el costo de material es una situación similar; todo ello sin contar con el apoyo material y humano necesario para operar. Una comparación, en este aspecto, con un crucero es aún más desventajosa.

Tal vez, nuestro enfoque ha sido demasiado limitado, en cuanto nos circunscribimos al área regional vecinal, por lo que miremos algunas situaciones de carácter general y que afectan a otras naciones.

Por problemas presupuestarios, Inglaterra —desde el año 1981 (aún no sabemos cómo cambiará el enfoque después de las Falkland)— ha efectuado restricciones en su fuerza naval de superficie, principalmente. En la parte submarinos (nos referimos a los convencionales) está en proceso de producción el submarino tipo 2004, que reemplazará a los Oberon a mediados de esta década.

Francia vive una situación parecida, con la diferencia que el gasto en defensa, refiriéndose a las Fuerzas Armadas como un todo, fue reducido (también el personal) en beneficio de la fuerza nuclear de disuasión basada en submarinos nucleares.

Los norteamericanos, por otra parte, enfrentados a problemas de guerras nucleares y defensas de océanos, han pensado en forma muy ingeniosa —como una forma de proteger sus buques capitales, en el supuesto de una explosión atómica— al darles la capacidad de "sumergirse", aunque sea en forma momentánea, o en rebajar los perfiles, a manera del antiguo "monitor".

De su fuerza de submarinos huelgan los comentarios; en todo caso, es interesante que hasta ahora no hayan eliminado totalmente los submarinos convencionales, pese a que su problema es de otra naturaleza.

La Unión Soviética es un caso aparte. El crecimiento espectacular de su Armada, en general responde a la concepción y ejecución de un plan de fortalecimiento del poder naval para extender y concretar los alcances de su influencia política; concepto éste que es universal, no aplicable sólo a las grandes potencias. El conductor y ejecutor de este poderío naval es el Almirante Gorshkov, quien lleva la friolera de 28 años al mando de la hoy más grande Armada del mundo. Al respecto, hemos seleccionado algunos conceptos vertidos por él en el artículo *The Sea Power of the State*, que tienen relación con el tema que estamos tratando.

"La experiencia de la guerra naval ha demostrado que las armas navales más importantes, más universales y más efectivas son los submarinos y la aviación".

"Para proporcionar a nuestros submarinos confiabilidad en el combate y una protección total, nuestra Armada incluye buques de superficie de diferentes tipos y aviones diseñados para enfrentar las fuerzas submarinas y antisubmarinas del enemigo, y para otras tareas específicas".

"Los buques de superficie siguen siendo el arma de combate esencial —y a menudo la única— para asegurar el despliegue de la fuerza fundamental de ataque de nuestra Armada, su fuerza de submarinos".

Los conceptos anteriores fueron vertidos por el Comandante en Jefe de la Armada de una de las dos potencias mundiales, y quien posee una experiencia y conocimiento difícil de igualar. Pese a que los requerimientos son distintos a los nuestros, hay aspectos que son universales, y eso es lo importante para nosotros.

Chile es un país con una historia militar envidiable, pues hemos sorteado con éxito todas las guerras a las cuales hemos sido arrastrados; ello ha sido posible gracias al temple y carácter nacional y, en gran medida también, al hecho de haber estado preparados previamente, si no en la forma deseada, al menos mejor que la de nuestros adversarios.

Hoy, que nos vemos enfrentados a apetitos revanchistas y expansionistas y a presiones políticas internacionales, debemos estar siempre preparados para lo peor. Si nos preparamos bien, lo peor nunca sucederá. Eso es disuasión, ni más ni menos. Si nuestro objetivo es mantener la integridad territorial y el prestigio nacional, una buena manera de lograrlo es disminuyendo la superioridad de nuestros vecinos tomados en conjunto, hasta, al menos, igualarlos para que la disuasión sea total y nunca se piense siquiera en provocar problemas como una forma de desviar la atención de su política interna o porque la autoridad de turno gusta destacarse y tomar iniciativas peligrosas, tal como lo hemos visto en estos últimos años.

El arma de submarinos, por sus características propias, en conjunto con una fuerza de superficie poderosa y prestigiosa, que ejerza efectivamente la presencia naval, pareciera ser la que llena en mejor forma los requisitos para conformar la mejor disuasión conforme al problema nacional.

BIBLIOGRAFIA

- *Sink the Navy*, Charles C Pease, U.S.N.
- *Damn the torpedoes*, David R. Thaxton, U.S.N. (R)
- Sergei Gorshkov, *The end of an era?*, Ulrich-Joachim, Schulz-Torge, Germany Navy.
- *Informe Rettembach*, Temas seleccionados para Oficiales de Estado Mayor.
- *The Falkland Conflict*, James Cable.
- *El poder naval del Estado*, Almirante S.G. Gorshkov. Temas seleccionados para Oficiales de Estado Mayor.